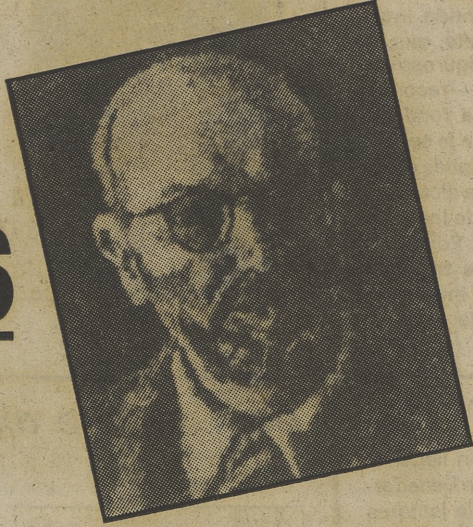


y ConVersos

Coordina:
Eduardo G. RICO

León Felipe: Cien años de exilio



MANUEL LACARTA

LEÓN Felipe Camino Galicia nació en Tábara, Zamora, el 11 de abril de 1884, a un siglo de distancia justo ante nosotros y muy cerca de los legajos de la notaría de su padre. Pasa parte de su infancia en Santander y Salamanca; y la carrera de Farmacia le lleva a las boticas de los pueblos para, más tarde, en manos siempre del viento, como él diría, guiado por su vocación hacia el teatro, recorrer España de feria en feria como juglar ambulante de la lengua y sorprendido contemplador de las piedras y los caminos.

En 1920 publica, poeta de comienzos tardíos, «Versos y oraciones de caminante», donde el poeta de la luz y la blasfemia resume en el poema de corte machadiano, titulado «¡Qué lástima!» las vivencias de sus primeros años: y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada: pasé los días azules de mi infancia en Salamanca, y mi juventud, una juventud sombría, en la montaña.

Tras una estancia en Guinea, como inspector de hospitales, conoce a la profesora mexicana Berta Gamboa, en 1923, con la que se casa en Brooklyn. Los viajes se suceden en su vida de forma atropellada, vertiginosa y, acabada la guerra civil española, forma parte activa de la gran diáspora, de la generación del

exilio; voces como la de Manuel Andújar, Francisco Giner de los Ríos, Max Aub, Arturo Barea, Herrera Petere, Arconada, Juan Rejano, o, más tarde, Antonio Ferrer, insuficientemente conocidas o muy poco recordadas en su labor literaria y testimonial.

El exilio, todos los exilios, marca la existencia de las dos Españas. Y así, en «Español del éxodo y del llanto» (1939) el poeta transitero León Felipe nos da claro testimonio de ello cuando, dirigiéndose a Franco, dice, nos dice una y otra vez: *Tuya es la hacienda, la casa, el caballo y la pistola. Mía es la voz antigua de la tierra.*

Y es en esta principal temática, en el tono imprecatorio de su palabra épica, divergente y aislada, separada de las llamadas gene-

raciones y grupos —pero influyente en Neruda, Cardenal, Otero y Celaya—, en la dicotomía enfrentada del bien y del mal donde León Felipe halla su esencial motivo y la mayor grandeza y hondura de su voz con profundas resonancias bíblicas.

La muerte le sorprende, si es que la muerte sorprendente a quien la espera, en México, el 18 de septiembre de 1968, cuando ya las últimas protestas airadas de las revoluciones estudiantiles comienzan a ser apagadas por el fracaso de lo que hubiera sido posible: pedir la libertad de lo imposible. Hasta entonces había publicado entre otros: «Ganarás la luz», «El ciervo», «¡Oh, este viejo y roto violín!», «Rocinante», etc. Su obra continuaba prohibida en España y las palabras finales, que hoy hacemos nuestras, de la convocatoria del también prohibido homenaje, que los poetas españoles quisimos tributarle en 1977, eran estas: «...Aspiramos a que este homenaje sea el primer paso para que sea conocida íntegramente en su propia Patria la noble/voz de León Felipe, tan llena de verdad.»

LA pasada semana se fue para siempre una de nuestras mejores poetisas, Angela Figuera Aymerich. Desde hace unas semanas disponía «Iluminados y Conversos» de una entrevista inédita reciente con la escritora, realizada por nuestro colaborador Juan Carlos Vidal. Hoy la publicamos, como homenaje y recuerdo, y por su gran interés en materia de opiniones y definiciones. Mantenemos los tiempos verbales en que la entrevista fue redactada, cuando Angela estaba aún viva. Y sigue viva en nuestro recuerdo y en su poesía.

La última
entrevista
con
la gran
poeta

ANGELA FIGUERA AYMERICH:

«Estoy viviendo de prestado»

DESDE hace algunos años, Angela Figuera está achacosa y parece como si hubiera perdido aquel impulso vital tan pronunciado que le llevaba a hacer chalecos de lana con la primitiva arrogancia con que tendía la ropa o traducía a los clásicos franceses para la colección de poesía de la primera editorial de Gabriel Celaya. Ha tenido que dejar de fumar Angela; han quedado abandonadas sus largas boquillas para siempre, convertidas en un objeto mortuario, decorativo, placentemente abrigadas, envueltas en una caja de madera, y finalmente colocadas encima de la biblioteca.

El enfisema y la edad la tienen postrada en un sillón de esa casa que da a la avenida de los Toreros, sempiternamente sentada en el mismo decorado recordatorio de todos sus amigos. Al alcance de su vista están colgados unos grabados de la escuela de Siqueiros —el sangrante campesino latinoamericano bajo el sol descendente—; al lado de su mano, la carpeta, que contiene la larga correspondencia que mantuvo con León Felipe

después de la obtención del premio Nueva España; la famosa carta de Neruda a los poetas españoles del interior, la colección completa de «Caballo verde para la poesía», que el poeta chileno le regaló la misma tarde en París, sentados ambos con Pilar de Azcárate en un cafetín del boulevard Saint-Germain...

—Naces en 1902.

(Pasa a la página 4.)

Por Elisabeth LUBINSKI

A CABA de publicarse «Pontificaciones. Conversaciones con Norman Mailer». En esta recopilación, que cubre una larga etapa (1958-1981) de la vida del novelista americano, se nos muestra un Norman Mailer agresivo, provocador, contradictorio, que revisa todas las entrevistas antiguas varias veces, solamente para aclarar matices y mejorar el estilo de algunas de sus declaraciones. Se presta a ellas porque cree que no va a tener tiempo para dejar expuesta toda su filosofía de la vida, de elaborar sus ideas y opiniones o porque muchas no fueron desarrolladas satisfactoriamente en sus escritos. El mismo las considera pontificaciones, pronunciamientos «ex cátedra» y, para avalarlo, se remite a la «iglesia» del conocimiento y la experiencia adquiridos.

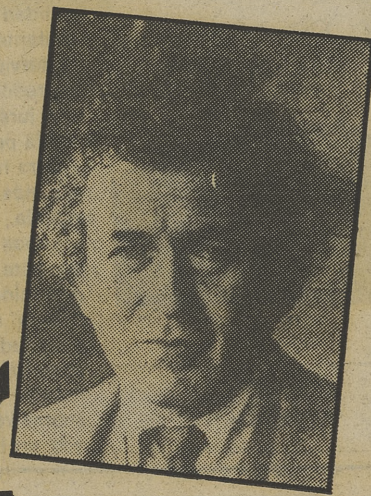
● Aunque salgan a relucir las más diversas cuestiones, Mailer vuelve siempre a sus temas-obsesiones preferidos: la droga, el sexo y la relación Dios-demonio. Frente a los dos primeros adopta una actitud ambigua; por un lado los acepta con cierta reticencia, en cuanto pueden ser perjudiciales para la salud, en el caso de la droga y el alcohol, o cuando se convierten en perversiones innecesarias que enmascaran el verdadero sexo, o lo que él entiende por sexo. Sus argumentos a favor son un tanto confusos: experiencias divinas,

apertura de nuevos horizontes, métodos para hallar la verdad, transmisión de ondas psíquicas de una persona a otra...

● Todas estas experiencias han de ser dosificadas, bien para conseguir más pasión y para estar seguro que se quiere una posible concepción (Mailer está en contra del control de la natalidad, ya que opina que se podría perder el mejor hijo que se es capaz de crear), o porque los placeres de la droga hay que ganarlos a través de mucho coraje y amor, si

Los hijos de Hemingway

Mailer, un provocador



no se quiere ser un parásito de Dios. «Mientras el drogadicto tiene alguna de sus más intensas y divinas experiencias, está empapándose, literalmente, de la médula nutricia de la existencia. Pero como no creo que Dios sea necesariamente inagotable, pienso que el drogadicto puede terminar desangrándole.»

● Todas sus opiniones se basan en su concepto del Dios existencial, que se encuentra todavía en el proceso de descubrir su propia naturaleza, im-

perfecto, y que comparte su lógica con nosotros, sus enviados en la Tierra, que luchamos a otro nivel con las fuerzas del mal. Si nosotros fallamos, El falla.

● Por tanto, todo aquello que vaya en contra de Dios y la Naturaleza, en contra de uno mismo, que puede que tenga una misión específica (aquí Mailer no parece estar demasiado seguro), es desechable. Es ociosidad, pérdida de personalidad, caída, ornamentos, que, según él,

son trampas del demonio. «La mente es el demonio. Y relacionada con la lengua.»

● Aunque muchas de sus pontificaciones sean gratuitas y totalitarias y sirvan sólo para provocar («la masturbación es bombardearse a sí mismo»), a veces, detrás de la agresividad y la exageración, se esconde la preocupación por la vida del hombre actual. Una vida que ha perdido la relación con la Naturaleza, aburrida, química, con

problemas de comunicación entre los seres humanos. Seres que están siendo condicionados por unas superestructuras que ellos mismos crearon durante la revolución industrial y que ya no son capaces de dominar, superestructuras que paralizan la fantasía. Una Humanidad al borde de la guerra y los conflictos sociales a nivel mundial, que debido a su total apatía e incapacidad de resolver sus agresiones personalmente, canaliza toda su violencia hacia los métodos de exterminio masivos. Dejándose atrapar por todas estas plagas, como las llama Mailer, ha vendido su alma al diablo.

● «No sé si el demonio es finalmente un principio maligno de Dios —un ángel caído, un príncipe de las tinieblas, Lucifer—, una criatura de primera dimensión entregada a una trágica y monumental guerra con Dios, o bien el demonio es una especie de no existencia, como el plástico», piensa este gran provocador.

«Pontificaciones. Conversaciones con Norma Mailer. Gedisa.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Un ilustrado

Carmen Martín Gaité
EL CONDE
DE GUADALHORCE
SU ÉPOCA Y SU LABOR



COLEGIO DE INGENIEROS DE CAMINOS
CANALES Y PUERTOS
EDICIONES TURNER

«El conde de Guadalhorce, su época y su labor», de Carmen Martín Gaité. Ediciones Turner.

Se le podría considerar un «ilustrado» del segundo período del finisecular que encabezó Joaquín Costa, en cuya línea se situó Rafael Benjumea. Hombre, probablemente reaccionario de formación, supo, sin embargo, comprender que la ciencia y la técnica, desvinculadas de una perspectiva humanista, carecían de sentido. Ingeniero de Caminos, Carmen Martín Gaité, que ya se ha especializado en el estudio riguroso de figuras no suficientemente valoradas —recordemos su «Macanaz»—, ha analizado a fondo la aportación de Guadalhorce —título que le concedió Alfonso XIII— antes, durante y después de su paso por el Ministerio de Fomento, en la dictadura de Primo de Rivera. Ahora, el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos y Ediciones Turner devuelven a la actualidad este texto de Carmen Martín Gaité, resultado de una investigación concienzuda realizada en la vida y en el contexto de Guadalhorce.

Especial Cezanne

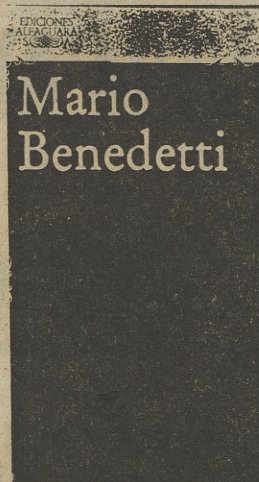
«Información Cultural», número de marzo de 1984. Ministerio de Cultura.



«Vive leyendo», reza el lema de la Dirección General del Libro. «Escuela y despensa», pedía Joaquín Costa. Desde el Ministerio de Cultura se nos da la noticia de las actividades más intensas cada día desarrolladas en su ámbito. La revista «Información Cultural» dedica su número 10, especialmente a Paul Cezanne, del cual se nos ofrece una interesante exposición en el Museo Español de Arte Contemporáneo de Madrid. Es esta la primera vez que en nuestro país puede contemplarse una muestra del gran pintor francés, que inició la dirección seguida por el arte de este siglo. Los visitantes pueden conocer setenta y siete obras de Cezanne, que se han reunido con la ayuda de más de diez países. Es de notable calidad el ensayo dedicado en el suplemento de «Información Cultural» a su biografía. Completan el número noticias de música, cine, teatro, juventud, mujer, etc., además de una sección de convocatorias.

El primer Benedetti

«Quien de nosotros», de Mario Benedetti. Editorial Alfaguara.

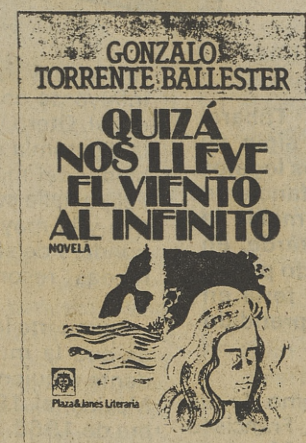


Seguramente su obra ha tardado en llegar al público español, pero el uruguayo Mario Benedetti ya tiene en nuestro país infinidad de lectores adictos a su bien trabajada prosa. Escritor «comprometido», muy ligado a la institución continental con sede en La Habana, «La casa de las Américas», Benedetti, que no es un autor del «boom», goza ya de prestigio internacional de los grandes escritores latinoamericanos de los últimos treinta años.

La novela que ahora publica Alfaguara, «Quien de nosotros», fue su primera obra. Su estructura, aunque compleja, revela ya el buen arte narrativo del escritor, que plantea una visión de la realidad desde tres perspectivas diferentes, las de dos hombres y una mujer. Apareció la novela por vez primera en 1953; entonces recibió la aprobación de uno de los críticos más reputados, Carlos Martínez Moreno, cuyo prestigio es aquí reconocido desde hace tiempo.

Un Torrente distinto

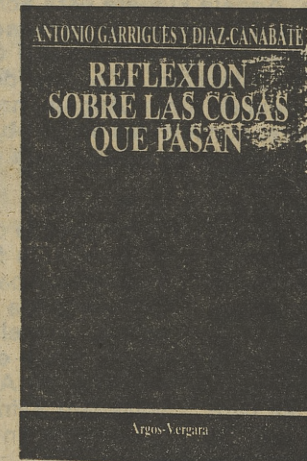
«Quizá nos lleve el viento al infinito», de Gonzalo Torrente Ballester. Plaza Janés.



Ya ha figurado aquí, cuando salió de la imprenta el primer ejemplar, esta novela sorprendente de Gonzalo Torrente Ballester. Decimos sorprendente en primer lugar por la gran potencia imaginativa, que encuentra desarrollo en sus páginas; y después por la originalidad de su planteamiento y su difícil clasificación. Se aparta en efecto del modo de novelar en vigor entre nuestros escritores más veteranos al incorporar elementos que sólo han utilizado las nuevas promociones: el género «negro», el espionaje, la ciencia-ficción. Además hay profundidad en su contenido, lo que es poco usual en la literatura popular. Talento, habilidad, brillantez, éstas son las notas que definen el estilo de Torrente: un estilo transparente que constituye un instrumento narrativo de considerable eficacia. «Un soplo en torno a nada» es uno de sus lemas, pero una muestra literaria modélica.

El correr de las aguas

«Reflexiones sobre las cosas que pasan», de Joaquín Garrigues y Díaz Cañabate. Argos Vergara.



Tras la propuesta —por utilizar la palabra a la moda— de Joaquín Garrigues, el patriarca de familia, alienta el sentimiento de Jorge Manrique, transmitido a lo largo de siglos. Sigue Garrigues la corriente de las aguas, pero no quiere «dejarse ganar por la agitación superficial de todas las cosas que están siempre en movimiento...». Se sirve Garrigues de la regla de oro del toreo como él confiesa: parar, mandar y templar. Se trata de una heterogénea colección de ensayos, de extensa variedad temática y serio tratamiento: reflexiones sobre el hombre, la sociedad, la política, la libertad, la autoridad, los tiempos cambiantes, los temas eclesial-religiosos, la empresa, la propiedad... Reflexiones también sobre algunos países: Norteamérica, Israel, Mercado Común... He aquí, pues, el pensamiento de la derecha moderada del conservadurismo de tendencia más liberal.

La novela y el cine

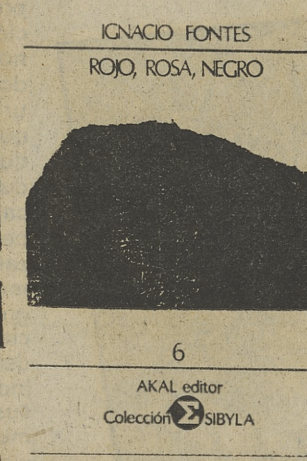
«Las cometas», de Romain Gary. Editorial Plaza-Janés.



Romain Gary, emparentado, primero con las escuelas del surrealismo, narrador de extraordinaria firmeza, enseguida obtuvo el premio Goncourt por «Las raíces del cielo», novela que le dio fama. Hizo incursiones en el cine, cuyo ambiente conoce en profundidad, profesional y privadamente. Estuvo casado con la malograda Jean Seberg. Vida compleja la suya: lituano emigrado, aviador voluntario en la segunda guerra mundial, cónsul general de Francia en Los Angeles... Veinticinco años de labor y veinticinco libros. «Las cometas» es una novela de amor, de guerra, de soledad, de libertad —simbolizada ésta en el juguete que da título a la obra—, según una fórmula que se aproxima al género de aventuras. Gallimard la publicó en París en 1980. Alcanzó una considerable difusión y el elogio de la crítica.

Rojo, rosa, negro

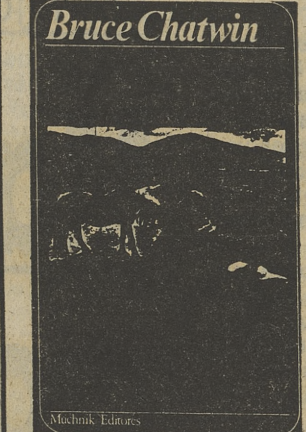
«Rojo, rosa, negro», de Ignacio Fontes. Akal Editor.



Nuestros lectores conocen de sobra la personalidad de Ignacio Fontes como periodista, su brillante labor, primero en «Guadiana», ahora en «Interviú». También es alto su prestigio como narrador. El pasado año recibió el reconocimiento del jurado del premio Sésamo. Anteriormente había publicado «Cuentos del amor a la lumbre». Figura hoy aquí, sin perjuicio de que realicemos un más extenso y detenido análisis, su última novela, «Rojo, rosa, negro», que ha esperado muchos meses su aparición, de la cual recogimos en este suplemento un amplio pasaje. En la narración están presentes elementos que deben filiarse en las corrientes literarias de mayor vitalidad del siglo, desde el realismo hasta el absurdo, desde lo individual a lo colectivo. Ignacio Fontes maneja con talento diversas técnicas expresivas. Su estilo es desenfadado y a la vez rico en la matización psicológica y sociológica.

A la tercera, la vencida

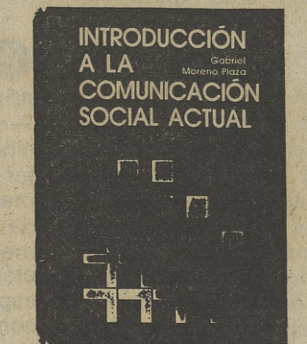
«Colina negra», de Bruce Chatwin. Muchnik Editores.



Esta es la tercera muestra novelística de Bruce Chatwin y la obra que más sólidamente lo acredita como narrador. Escribe Chatwin tras una rica experiencia vital muy ligada al arte. «En Patagonia» y «El virrey de Ouidah» fueron sus dos títulos anteriores. El editor Muchnik, que ha puesto una gran fe en esta tercera novela, nos la sintetiza: «En un recóndito pueblecito de Gales nacen, en 1900, dos gemelos. Ambiente rural, pobreza no sin dignidad, pequeñeces de provincia... La permanencia inmutable de un juego de té; el férreo carácter de una madre, un sendero tortuoso, las oscuras urgencias de la carne; un viejo retrato de familia». Pero hay bastante más. El propio Muchnik piensa que aquí está toda la historia de Occidente. Seguramente exagera, pero «Colina negra» está singularmente escrita y en un estilo deslumbrante.

La comunicación

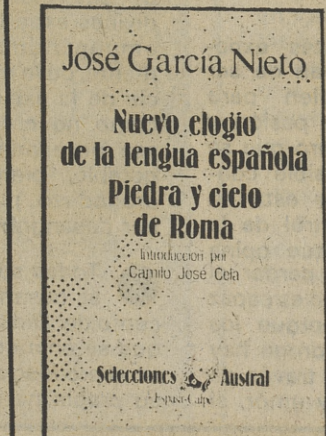
«Introducción a la comunicación social actual», de Gabriel Moreno Plaza. Editorial Playor.



Respondiendo al título del libro, el autor nos adelanta que quiere que su trabajo sea introductorio, sintético y actual. Que sea leído con facilidad por personas no especializadas en la comunicación. Que abarque las más diversas corrientes y escuelas. Que recoja «los enfoques más innovadores y los problemas más acuciantes en el presente». También quiere darnos, en el penúltimo capítulo, una visión panorámica de los problemas científicos y filosóficos en el campo de la investigación y la teorización comunicativa. Parte Moreno Plaza de la fundamentación social de la comunicación para estudiar la comunicación como sistema y como proceso, sus clases, sus redes, la comunicación interpersonal, la masiva, los efectos intencionales y no intencionales, los efectos globales retroactivos, etc. Libro indispensable para cuantos sientan preocupación por todos estos problemas.

El padre de la «juventud creadora»

«Nuevo elogio de la Lengua española» y «Piedra y cielo de Roma», de José García Nieto. Austral, Espasa Calpe.



He aquí el discurso de Cela en la Real Academia Española con motivo del ingreso de José García Nieto. Este fue el padre de lo que entonces se llamó, no sé si con ironía, «juventud creadora». Eran los primeros cuarenta, y el movimiento capitaneado por García Calvo buscó un patrocinio formal en Garcilaso. Representaba el garcilasismo la continuación de una de las líneas provenientes de la generación del 27. Camilo José Cela dijo de él que era «una de las voces líricas más claras de nuestro tiempo y de nuestra Lengua, esa bendición de Dios que acabamos de oír cantar en verso, tal como debiera haber sido en cada una de las recepciones de los cien poetas académicos...». «Nuevo elogio de la Lengua española», que ahora aparece, constituye ese discurso. Completan el libro los poemas «Piedra y cielo de Roma», una impresión subjetiva de hondo lirismo de la ciudad italiana.

sin secretos

Benet, Quiroga, Pérez Minik...

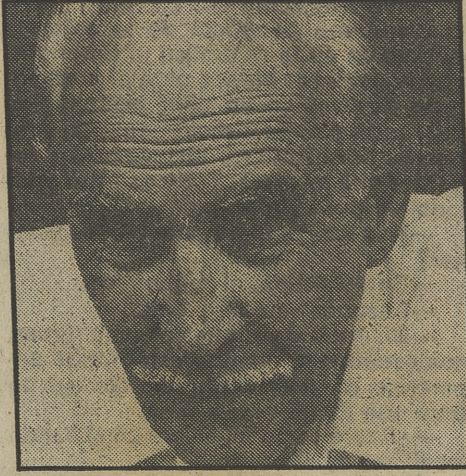
EN la sociedad literaria, todo el mundo se entiende tan bien que parece como si nadie se entendiera. Juan Benet ha sido candidato en la incruenta pero encarnizada lucha por un sillón académico. Nunca llegaría a sentarse; la que se ha sentado esta semana, nada menos que en el sitio de don Pío Baroja, es Elena Quiroga. Algunos piensan que estos sillones son como los de un balneario. Se alcanzan con la edad y a descansar. Una confortable jubilación para el que escribe las mil palabras diarias de la preceptiva de Burgess. Pues no dijo don Pedro Lain Entralgo, al que el Discreto saludó el sábado en este barrio, que es también el de Elena Quiroga. Aquí se viene a trabajar para que la lengua resplandezca con la limpieza de un anuncio de multinacional de la tele.

● Trabaja Juan Benet, pero no tiene sitio en la calle de Felipe IV. Paso a paso cambia la estructura narrativa, cambia los temas, cambia el estilo. La Academia es conservadora y no quiere a Benet. Si lo quieren los críticos, que el sábado le dieron su premio. Los críticos son Dámaso Santos, Enrique Sordo, José Antonio Ugalde, Ana María Navales, Andrés Amorós, Rafael Conte, Robert Saladrigas, Domingo Pérez Minik, Santiago Aizarena, Carlos Casares, Carlos Galán... ¿Quedará alguno? En el Círculo de Bellas Artes sucedió lo que se esperaba: que cada uno de los citados, salvo los tres ponentes de otras lenguas — catalán, euskera, gallego —, llevó a la reunión tres títulos de novelas. Tras las discusiones, y hechas las correspondientes sumas de votos, «Herrumbrosas lanzas» ganó por unanimidad. La siguió, no sé si muy cerca, las «Mansardas...» — por abreviar —, de Alvaro Pombo. Yo creo que la novela de Jesús Pardo — que por cierto informaba del asunto para Efe — merecería mejor suerte.

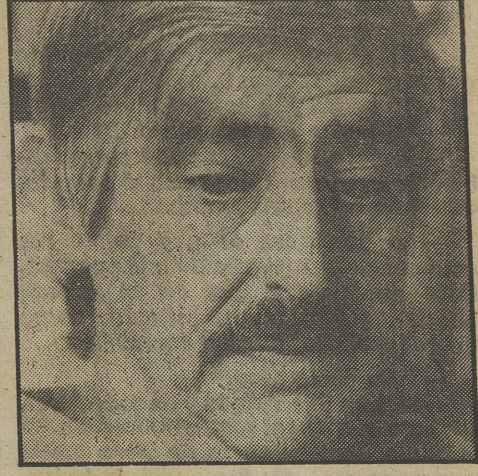
● Desconozco si Luis Suñen era secretario con derecho a voto o sin él. La presidencia del almuerzo la ocupó



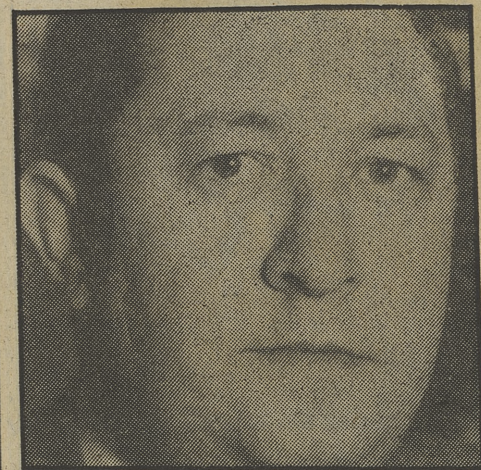
Elena Quiroga, el sillón de Baroja



Pérez Minik, el surrealismo en Tenerife



Juan Benet, la crítica con él



Rafael Conte, tres nombres



Andrés Amorós, la crítica, unánime

Guillermo Díaz Plaja, presidente, asimismo, de la Asociación de Críticos. Y junto con el fallo, Dámaso Santos dio a conocer la decisión de designar presidente del Jurado para el año próximo a Domingo Pérez Minik. Se sabe el significado de la intensa labor de Pérez Minik en el curso de muchos años, en la animación del polo surrealista canario, la «Gaceta de arte», el grupo de Eduardo Westerdhal, las relaciones de

Bretón con las islas. Fue Pérez Minik el que analizó la novela española de postguerra, liberado de prejuicios y perspectivas deformadoras. No como otros.

● A Jaime Siles le correspondió el premio de poesía. Síntesis expresiva, ningún miedo a la abstracción, alto linaje lírico, así es «Música de agua», el libro galardonado por los críticos. El premio en lengua catalana fue, con toda justicia,

para Gimferrer por su «Fortuny», un modelo narrativo, y para «L'edat d'or», de Paracerisas. Los premios gallegos los pusieron en manos de Gonsar y de Vaqueiro, y los vascos, en las de Lertxundi y Arrieta.

● «No hay cultura sin libertad ni libertad sin cultura», dijo Vicente Soto en el encuentro de Valencia, iluminado por la claridad mediterránea, según el tópico y la luz del mar latino.

● Y Elena Quiroga entró en la Academia. Sillón A. «Tristura», su novela, alcanzó el premio de la Crítica hace muchos años. Como «Herrumbrosas lanzas», de Benet, ahora. Y la Quiroga venció a Benet por dieciséis votos contra catorce y ya está en el sillón barojiano, con el elogio a Cunqueiro en la palabra. Dicen que Benet ha renunciado para siempre a ocupar un sillón. ¿Anduvo por el medio la política literaria? Hay quien culpa de aquel resultado a determinadas ausencias; otros, a determinadas amistades... Pero todos los sistemas de gobierno son malos y la democracia es el mejor. Y después de todo, Elena Quiroga siempre ha trabajado en serio para ser escritora y académica.

EL DISCRETO IMPERTINENTE

Lectura y política franco-española

«La galomaquia»

A. SABUGO ABRIL

UN hispanista, tan sabio como ingenuo, miembro de «Los amigos del Teatro de España», asociación que sólo puede existir en un mundo en la ciudad que es Nueva York, me ha venido con un libro raro comprado en una subasta de Londres. Se titula «La galomaquia», de Lope de Vega. Es sabido que este autor escribió una célebre obra en tono menor, burlesca, titulada «La gatomaquia». Pero este descubrimiento del sabio profesor mister Carter traerá una larga cola de erudiciones, defensas y condenas sobre lo que podríamos calificar de acontecimiento insólito o tremenda impostura.

El título completo de esta rara pieza bibliográfica es: «La galomaquia o arte de torear la política francesa». El libro se publica con todas las licencias en la famosa imprenta de Juan de la Cuesta, año de 1613. El papel, tipo de letra, encuadernación, parecen propios de la época. El estilo de la obra: fresco, jovial, todavía más renacentista, vital, que barroco decepcionado, parece propio de Lope de Vega, caballero de pluma, vividor en la corte. Le he dicho a mister Carter que yo no soy un lopista, a veces lector de curiosidades remotas, que pregunte en la Universidad. Me limito a dar noticia de este descubrimiento, más interesante acaso desde el plano político que desde el literario, que es el signo documental

de esta rareza bibliográfica. Pone Lope de Vega al frente de su libro una frase que a mí me parece un antecedente filosófico de Pascal. Se lee: «La política tiene sus razones que el corazón no entiende». En estas confusiones — la historia es cíclica o un muelle en espiral —, ya no sé si Lope alguna vez pudo leer a Pascal se olvida de las razones del corazón, aproximándose al fin maquiavélico, justificador de todos los medios.

Lope de Vega comienza su libro con una dedicatoria al duque de Sessa, su valedor ante las iras de la corte, «acerca del carácter o idiosincrasia nacional del español». Son unas bellísimas

páginas de etnología literaria, que muy posiblemente interesen a Julio Caro Baroja. En ellas se ensalza el temperamento individualista, heroico, caballeroso y cristiano del español. Lo típico (lo típico) del español no es hacer la guerra sino el arte de torear, de vencer con arte. Ya en la época de la pólvora y del arcabuz, Don Quijote se servía de su lanza y de su espada. Felipe II enviaba a sus barcos a luchar contra los vientos y las tempestades. Todavía en 1898 barcos de madera y de papel se oponían a modernos acorazados.

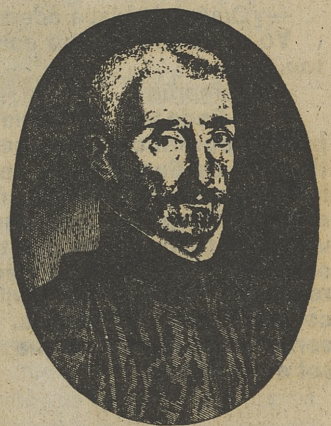
Lope de Vega dice en su libro que el mayor defecto/virtud de los franceses es la «grandeur», y de los españoles, el quijotismo. La «grandeur» es como un reino de cartón piedra, una película de Cecil B. de Mille, aquel imperio de opereta que fue la corte de Napoleón III. La «grandeur» es Versalles con muchos metros cuadrados de pared pintados, cuadros sin vida de David y Delacroix. La «grandeur» es la apariencia, las fachadas-caras de mármol y los interiores, intestinos o excusados con úlceras, mugres y telarañas. La

«grandeur» es el ombligo de París, escaparate, luz, galerías La Fayette, Unesco, Centro Pompidou, barrios elegantes, Saint Honoré y Opera, y «ghettos» de árabes y negros (¡oh, los restos del imperio colonial!). La «grandeur», desde luego, no es Francia. Francia es mucho más. La «grandeur» es la vanidad nacional de los franceses.

El quijotismo es la gloria dramática de Don Quijote y de los españoles. Quijotismo es luchar (perder) a cuerpo limpio, contra un enemigo inventado como los molinos de viento, o real, como un pesquero contra un acorazado. El quijotismo es el valor, algunas veces el milagro. Es muy español luchar por los derechos de los indios occidentales, pero no mover el dedo por un vecino del concejo. Eso también es quijotismo. El quijotismo, novelísticamente es maravilloso, como las novelas de caballería, pero políticamente es un desastre. Confundir la historia con la leyenda justifica la epopeya, en los tiempos de Homero, cuando la Iliada y la Odisea todavía eran posibles.

Lope de Vega en su «Galomaquia», poblada de una

parte por Carlomagno, Rolán, doña Alda, Guisas, Napoleón y De Gaulle; y por la otra, Roncesvalles (que no fue un general), Bernardo del Carpio, El Cid, Fernando el Católico, Carlos V, Felipe II, Felipe V, Fernando VII, Franco, insisten cómo la amistad entre España y Francia ha sido una amistad vigilada; de vecinos, con suspicacias, zancadillas, desplantes, pactos de familia, siempre desastrosos para España. (Hubo un idilio medieval, Camino de Santiago y Cluny, obispos, abadías, matrimonios, calles de francos en las ciudades castellanas. Pero eso fue otra historia posible). Así las relaciones entre ambos países se transformaron en un juego, en un toreo. Francia cree tener la plaza entera de Europa (Europa es mía). En la plaza iza su bandera francesa y hay toros cuando a ella le da la gana. Ese no es el juego. Ha puesto siempre pretextos: cuando no era Felipe II, príncipe de la leyenda negra, era la dictadura, los tomates, las sardinas o la leche. Pero Felipe II no envió sus pesqueros a luchar contra cañones, ni un tomate arruina a Francia, y después de todo, las vacas



que tenemos son suizas. Aquí, en este país, sin ríos como el Ródano o el Sena, sin esa placidez y riqueza de las campiñas francesas, sin París, leemos, sin embargo, el sentido común, la concordia de la razón, en Montaigne y Descartes. (¿Leen los franceses a algún escritor español, al menos para conocerlos?) Por encima de los Pirineos han pasado: Pascal y Cervantes; Rabelais y Gracián, Lope de Vega y Molière, Sartre y García Lorca.

«La galomaquia», de Lope de Vega, resultará una lectura interesante, no solamente para los estudiosos y lopistas, sino para todo lector amante de la buena literatura y el arte difícil de la política. Léanla con las pertinentes anotaciones, sobre todo de francomanía, galofobia y a la inversa, aquellos que ven en España el peligro de Occidente, la invasión de las lechugas y los corderos.

ANGELA FIGUERA

«Estoy viviendo de prestado»

(Viene de la página 1.ª)

—Sí. O sea, que ya tengo más de ochenta años. Vaya...

—Tu padre y tu madre...

—Mi padre era ingeniero...

—Aquel que pintaba cuadros y miraba el mar, el que aparece en el poemita «Cuando mi padre pintaba»...

—Lo que pasa es que ya no me acuerdo de la mayoría de mis poemas. Pero me parece que en el mismo poema está mi madre reflejada como un ser sencillo, frágil y maravilloso.

—Tuvo cinco hijos.

—Sí. En mi familia hay de todo. Esos cuadros son de mi hermano (señala en la pared unas pinturas de claro matiz impresionista). Se fue a vivir la bohemia a París antes de la guerra y ahí sigue.

—¿Es más pequeño que tú?

—Le llevo casi diez años.

—Tu familia era de origen andaluz.

—Mi padre era andaluz y mi madre de origen catalán. Pero eso es muy remoto. Desde jóvenes veraneaban en El Burgo y ya quedaron vinculados a la meseta.

—El Burgo de Osma te refieres.

—Claro, allí sigue acudiendo toda la familia. Recuerdo todavía la primera representación de «La barraca». Estaba todo el pueblo. Campesinos, sobre todo.

—Dionisio Ridruejo fue también de un lugar muy cercano a El Burgo.

—A Dionisio le conocí más tarde en París. Él editaba la revista «Mañana» y por Ignacio Aldecoa tenía muy buenas referencias de él. Pura casualidad. Mi marido y yo vivíamos en Avilés y el viaje a París lo realicé para visitar a mi hijo que estaba estudiando ingeniería. Total, ya en París llamé a Pilar.

—¿Pilar de Azcárate, la hermana de Manolo?

—Sí, la misma. Estaba con Pilar y me dijo: ¿sabes quién está aquí? Yo dije no. Blas de Otero, me contestó. Vivía en una buhardilla cochambrosa y el pobre estaba pasando una de sus crisis de demencia.

—¿Quién circulaba además por allí?

—Yo circulaba mucho con «El Pajaro».

—¿Semprún?

—Sí. Cada vez que venía por Madrid pasaba por mi casa y se sentaba aquí. (El sitio de Semprún es en el que me hallo sentado). Venía sin nada, ni un disfraz. Recuerdo que una vez era verano y todo lo más que traía era un sombrero. Yo le dije: «Pájaro», te va a reconocer la Guardia Civil. Y él me contestó: «No es posible, Angela. El sombrero lo llevo para que no me dé el sol en la cabeza.»

La vida

«Me educé en un colegio de monjas. Recibí una educación muy religiosa que ha permanecido en mí. En el colegio compuse mis primeros poemas. Muy lacrimosos y laudatorios; estaban dedicados a la Virgen. Esto ocurría en el mes de mayo y yo siempre fui la elegida de la clase para dedicarle poemas a la Virgen. Después de terminar el bachillerato me trasladé a Madrid a estudiar Filosofía y Letras.»

—¿Llegaste a ser catedrática de Instituto?

—No exactamente. Lo que ocurrió fue que me beneficié de la reforma educativa de la república y, entonces, con hacer unos cursos para el profesorado que tenían un nivel pedagógico muy alto, estaba suficientemente preparada para impartir enseñanzas y regentar una cátedra. Todo eso fue anulado después de la guerra.

—¿No existía el sistema de oposiciones?

—En mi etapa, al menos, no.

—Después vino la guerra...

—Sí. Julio y yo, que somos primos, nos casamos y cuando estábamos esperando a nuestro primer hijo «el se tuvo que incorporar a filas».

—¿Actuó como ingeniero en el bando republicano?



Pablo Neruda escribió a los poetas españoles

—Se encargaba del mantenimiento de la artillería. Yo estaba en El Burgo. No había nada. Cuando nació nuestro hijo lo alimenté con hierbas cocidas y otras zarandajas que me enseñó una vieja del pueblo. Cuando terminó la guerra, Julio volvió a El Burgo.

—¿Estuvo en la cárcel?

—Muy poco tiempo, porque un paciente nuestro lo sacó pronto. Pero después, por su calificación de republicano, le costó mucho trabajo volver a la vida laboral. Tenía que fichar en Policía, aquí en Madrid, una vez al mes. Cuando iba a encontrar colocación, la ficha se lo negaba todo. Terminó por poner una academia preparatoria de ingreso en Ingenieros. Yo encontré de qué ocuparme en la Biblioteca Nacional.

—¿Participaba en una biblioteca circulante que iba por los barrios?

—Fue mi trabajo más bonito. Resultó una experiencia increíble la de ir por los barrios españoles repartiendo lo poco que había.

—¿Ya había nacido la «poesía social».

—Claro. Esto ocurrió un poco antes. Va unido a la primera pequeña editorial que montaron Celaya y Amparixu. Yo hice para ella traducciones de poesía francesa. El lugar de reunión se encontraba en una buhardilla que tenía goteras. Por allí pasaba Blas, que vivía en Bilbao, y un día los tres decidimos hacer poesía social. Allí nació.

—Todos los sábados os reuníais en Madrid por la zona de los siete mesones.

—Íbamos a cenar casi todos los



Traducía poemas para la editorial de Gabriel Celaya



Blas de Otero, en París

sábados un montón de gente... Celaya y Amparixu, Julio y yo, a veces, Blas de Otero, Lidia Falcón y Alfonso Sastre, Armando López Salinas, Montesinos, Jacinto López Gorgé, Leopoldo de Luis...

—Ya habías publicado tus primeros volúmenes en Afrodísio Aguado. —Creo que estaban ya «Pasión de la tierra» y «Vencida por el ángel».

—Son unos volúmenes tristes, tremendamente descriptivos; quizá en exceso prosaicos; el ambiente de posguerra tiene tintes tremendistas... Recuerdo ahora parte de «Mujeres del mercado».

—Lo que ocurre es que una de aquellas mujeres del mercado podría ser yo o cualquiera que viviera en la España de aquel tiempo.

—Antes no has citado a Pepe Hierro...

—Huy... se me ha olvidado. Pepe era muy amigo mío. Lo conocí nada más salir él de la cárcel. Pepe es una gran persona, pero su mujer me gusta bastante menos.

—Sería durante su época de «Reportajes»...

—En los «Reportajes», como tú dices, de Pepe Hierro está lo mejor de su poesía social que es, con todo lo que digan los críticos, lo mejor de su poesía.

—¿En que trabajaba Pepe Hierro?

—En algo así como de secretario del secretario del Ateneo. Malvivía. Ganaba muy poco y tenía, por aquel entonces, cuatro o cinco hijos. (Me muestra una foto en la que aparecen Celaya y Hierro en actitud distendida y bromis-

ta). Muchas veces mi casa se llenaba de gente. Celaya y Hierro bebían sin parar.

—¿Y Aleixandre?

—Lo de Aleixandre me toca menos. En una ocasión dedicamos a Aleixandre un homenaje los amigos de la poesía social.

—¿Coincidió con el largo poema que le ofreció Gabriel Celaya?

—Algo así. Pero el poema de Celaya me sigue pareciendo un rollo.

—¿Mantenías algún tipo de relación con los poetas falangistas?

—Mucho menos. La carta de Neruda a los poetas españoles estuvieron a punto de publicarla en alguna de sus revistas, pero instancias superiores se lo impidieron.

—¿Estaba Juan Aparicio en la secretaría de Prensa y Propaganda?

—Posiblemente. De todos ellos el que más me gustó siempre fue Leopoldo Panero.

—Con ser detestable, según su mujer, Felicidad Leblanc.

Neruda, León Felipe y Machado

—Una de las cosas más importantes que has hecho, Angela, ha sido unir en tu memoria a dos seres tan dispares como Pablo Neruda y León Felipe.

—Verás, los dos eran muy distintos.

—En «Confieso que he vivido» Neruda destina algunas invectivas a León Felipe...

—(Marca una mueca de contrariedad). El ambiente de antes de la guerra y de la guerra misma era muy propicio para el enfrentamiento entre anarquistas y comunistas.

—¿Cómo sucedió el encuentro con Neruda?

—En París; estaba terminando, o más bien corrigiendo, las pruebas de «Belleza cruel». Me lo presentó Pilar Azcárate. Al enterarse que era una poeta española que no me encontraba en exilio...

—Estamos hablando del año 1957...

—Eso es... entonces Neruda se mostró muy contrariado. El tenía un concepto erróneo sobre la poesía que se hacía en el interior. Pensaba que por el mero hecho de escribir poesía desde dentro poco menos que estabas con el régimen. Leyó «Los puentes», ese poema en donde hablo de tender puentes, de reconstruir los puentes rotos para que pudiéramos cruzar los que nos hallábamos en la otra orilla. Neruda leyó el poema emocionado y, al final de la lectura, dijo: «Me has devuelto a España y a los poetas españoles del interior. Ahora mismo voy a escribirle una carta y tú vas a hacer de puente». Resultó ser el primer nexo de unión entre Pablo Neruda y nosotros.

—Tu relación con León Felipe comenzó a raíz de conseguir el premio de poesía Nueva España, convocado por la Casa de España en Méjico.

—Con «Belleza cruel» conseguí el premio Nueva España de poesía, cuyo jurado, en aquel año, estaba presidido por León Felipe. Presenté el manuscrito porque el certamen representaba el espíritu del exilio republicano español y, además, era Méjico el país que había acogido a León, Emilio Prados, Altamirano, Moreno Villa, Luis Cernuda...

El final

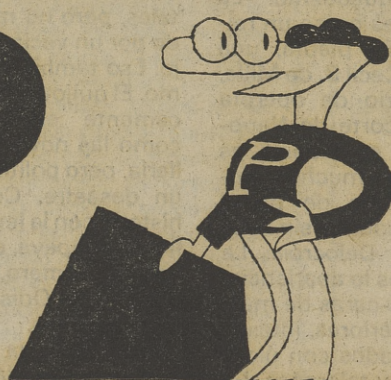
—Hace mucho tiempo que se encuentra apagada tu voz.

—Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir. Lo único que hago son poesías para niños. Hace varios años me editó el Estado de Nueva León en Méjico, coincidiendo con el Año Internacional del Niño, un libro de poemas que se repartió gratuitamente en todas las escuelas. Por lo demás sólo me queda esperar que llegue la muerte. Yo ya estoy viviendo de prestado.

Juan C. VIDAL

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado por Manuel F. MOLES